



Rafael Jijena Sánchez

La niña Lucía

México

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Bueno, pues que este era un Rey que quería casarse con la mujer más bonita del mundo, de suerte que dejó su reino y se puso en camino para buscar novia; y buscando, buscando, se anduvo todos los países, pero el caso era que por más que le enseñaban toda clase de niñas bonitas, a todas les encontraba defecto y por ninguna se decidía, hasta que aburrido de tanto andar y no hallar nada, se decidió a regresar a su reino y olvidar el propósito que tenía.

Ya que estuvo de vuelta, sucedió que un día llegó al reino, aquel vendedor ambulante que andaba vendiendo retratos y tarjetas postales, que traía acomodados dentro de un paraguas abierto, y acertó a pasar por la calle donde él andaba ofreciendo su mercancía, nada menos que el mismo Rey que, al oírlo pregonar :

-Lleve retratos, aquí traigo caras bonitas, también hay feas y pasaderitas; ¡lleve retratos, a los. ..retratos !

Lo llamó y vido que hubo los retratos, que le va gustando uno. y pasaba que entre más lo miraba, más le gustaba y no podía apartar la vista de él y luego le preguntó al vendedor quién era aquella niña y dónde vivía; a lo que el hombre dijo:

-"Sacra Real Majestad, es la niña Lucía que vive en el pueblo de la cañada, sino que como es huerfanita, su hermano Juan la cela mucho y casi lo más está encerrada, es cosa que nada más la deja asomarse al balcón una vez al año; yo no la he visto en persona, pero los que la han visto una vez, pasan el año esperando que llegue el día de poder volverla a ver ."

Oído que hubo el Rey lo que el vendedor le decía, y enfermo que se puso de mal de amores por haber visto el retrato de la niña, que se regresa luego a palacio y manda sus emisarios en busca de Juan para pedirle la mano de la niña Lucía.

Y que llega Juan y no bien oyó la voluntad del Rey, le dijo: que no esperaba verse nunca tan honrado, que con gusto le daba la mano de Lucía, pero antes le concediera hablarle a solas. El Rey lo llevó aparte y entonces Juan le dijo:

-"Ha de saber Su Majestad que mi hermana, no porque sea mi hermana, pero a más de bonita y hacendosa tiene tres gracias que nadie le conoce: cuando se peina le salen perlas, cuando se lava las manos le salen flores, y cuando llora, llueve."

El Rey, que no esperaba tanta maravilla, se puso todavía más ansioso de conocerla, así que mandó a enganchar una carroza y en ella mandó a Juan acompañado de una escolta para que fuera a traer a Lucía, mientras él se quedaba en palacio arreglando los preparativos para la boda. Y ahí dejamos al Rey y nos vamos a ver a la niña Lucía que se quedó en casa muy apurada, quebrándose la cabeza pensando para qué habría mandado el Rey por su hermano; y piensa y piensa estaba, cuando llegó Juan y le dijo que el Rey quería casarse con ella.

Lucía, que era una niña obediente, estuvo conforme con lo que había decidido. su hermano, de modo que empezó desde luego a disponer sus cosas; lo único que no quiso dejar fueron un perico y una calandria, por lo que se puso a adornarles las jaulas con moñitos de listón para que se vieran bonitas, y en esas estaba cuando se le acercó una de las criadas y le dijo:

-"Niña Lucía, ¿no me lleva asté pa'que le lave las jaulas de sus animalitos?"

-"Bueno -le dijo Lucía-, anda, vé y dile a tu madre, a ver si te da permiso."

Y luego regresó la criada acompañada de su madre, y le dijo :

- Pos dice que no me deja ir sola, que por qué no se la lleva a ella también y que le lava su ropa como siempre.

-Bueno -dijo Lucía-, se lo diré a Juan y si él lo quiere, me las llevo a las dos.

Y Juan no halló cosa mejor, pues pensó que estando con ellas extrañaría menos Lucía su casa. Además, sucedió que ya para irse se incendió el monte y unos vecinos llegaron a pedirle ayuda a Juan y él por ayudarlos, no tuvo más remedio que encargar a Lucía con las criadas, pensando que con ellas iba segura, pues no quería quedar en falta con el Rey.

Así que a toda carrera subieron las jaulas de los animales al techo de la carro, acomodaron a las criadas y por último, Juan se despidió de su hermana; le dió muy buenos consejos y le echó la bendición; Lucía se subió a la carroza y sacando la mano por la ventana, movía su pañuelito diciendo:

¡Adiós, Juan que me serviste de padre y madre!

¡Adiós, capillita donde rezaba!

¡Adiós, piedrecitas con que jugaba!

¡Adiós, arroyito en que me bañaba!

- "Callad, callad -decía don Juan-, que voy a desfallecer."

Y la carroza empezó a rodar, Lucía a llorar y el cielo a llover. ..Y sucedió que al cabo de unas horas de viaje pasaron por un bosque muy tupido donde había fresas; entonces la criada vieja dijo :

- " ¡Mira nada más, qué fresas !, niña Lucía. ¿ Cómo no nos bajamos a "cortale unas al Rey pa'que no llegues con las manos vacías?"

-Bueno -dijo Lucía-. Y mandó que hiciera alto el cochero, y se bajaron las tres, y el perico al ver a Lucía le dijo :

- " ¿No me llevas, mamá Lucía?" Y Lucía que a nada decía que no, sacó al perico de la jaula, se lo puso en el hombro y comenzaron a cortar fresas. Entonces la criada vieja dijo :

- "Mira mi prenda -le decía-, más allá están las fresas más perfumadas, más allá más frescas."

Y así la alejó del camino, pues traía en su corazón malas intenciones y sus pensamientos no eran buenos; hasta que considerando que estaban bien lejos de la escolta, que se pone a maltratarla y le quita la ropa y se la cambia por la de su hija, y ya que se cansó de pegarle, la dejó sola con el perico, y ella echó a correr con su hija; se subió a la carroza y le dijo al cochero que no se detuviera sino hasta llegar al palacio.

Cuando llegaron, el Rey y toda la corte la estaban esperando, y luego que la vieron, aunque la muchacha no era fierecita, tampoco era como la del retrato, así que el Rey se sintió siempre algo decepcionado y pensó que eso le había pasado por fiarse de las apariencias, pero lo que más lo consoló fué la idea de las tres gracias que tenía la muchacha y sobre todo, como "palabra de Rey no vuelve atrás", no le quedó más remedio que casarse con ella.

Y pasó que terminadas las fiestas de las bodas, mandó el Rey abrir el balcón de palacio que daba a la plaza de armas, y dijo que había de reunirse allí todo el pueblo, porque la Reina iba a darles una sorpresa nunca vista, al enseñarles sus tres gracias.

La plaza de armas se llenó de gente en lo que se los cuento y el Rey y la Corte aparecieron en el balcón, pero, como ustedes han de imaginar, a la hora en que la criada se peinó lo que le brotaron fueron piojos; cuando se lavó las manos, no le salió más que mugre; y cuando lloró, en vez de llover, las nubes corrieron a esconderse detrás de los montes.

El Rey, muy avergonzado, regañó a la Reina, pero ella le dijo que no sabía de qué se trataba, por lo que el Rey pensó que habían sido inventos de don Juan para animarlo más a que se casara con su hermana, así que decidió mandar por él para pedirle una explicación. Cuando la Reina lo supo se fingió enferma, se puso chiquiadores de papel de agujas pegados en las sienes con aceite de alacrán, y dijo que no quería ver a nadie. Todo por no recibir a Juan por temor a que la reconociera.

Juan llegó a poco con la ilusión de ver a su hermana y fué tal su tristeza al darse cuenta que no quería recibirlo, que cuando el Rey lo reconvino por el engaño de las tres gracias ni siquiera se defendió.

Entonces el Rey, creyéndolo culpable, pensó en castigarlo. Para esto, pidió consejo a sus ministros, y todos lo condenaron a muerte.

Esto pasó en el corredor de palacio, donde estaba colgada la jaula de la calandria, así que desde ahí vió el animalito como mataban a Juan y lo enterraban en el prado.

El Rey pensó que se había hecho justicia, y consideró que la Reina estaba enferma de pena, por haber sido la causa de la muerte de su hermano.

Y ahora vamos con Lucía. La pobrecita quedó sola en el bosque sin saber para dónde ir; a más, comenzó a hacerse la noche y por más que andaba y andaba, sólo encontraba árboles y más árboles hasta que ya materialmente rendida pensó en acostarse al pie de un ocote para pasar la noche, pero en eso el periquito le dijo :

"Mamá Lucía, un pasito y un jaloncito" -y así fué animando hasta que llegaron a la orilla del bosque desde donde vió allá lejos una lucecita; el periquito también la vió y le volvió a decir:

"Anda, mamá Lucía, un pasito y un jaloncito" -y así hasta que llegaron al jacal de unos inditos quienes, al verla tan sola y tan bonita, pensaron que era una aparición, por lo que el indito le dijo :

"De parte de Dios te digo que si eres desta vida o de lotra, al punto me lo digas". -A lo que la niña le contestó que era de ésta, pero que se había perdido en el bosque cuando andaba juntando fresas; pero nada dijo del Rey, ni de su hermano Juan, ni de sus tres gracias, por miedo a que la criada diera con ella y volvieran a matarla. Los inditos se compadecieron de ella y le dieron posada. La niña y el perico pasaron la noche en el jacal y como al otro día nadie supo darle razón de dónde quedaba su pueblo, se quedó ese día y otro más de arrimada, pero como los vió muy pobres y quería ayudarlos, se fué al bosque y se puso a peinar con la escobeta de la indita; y péinase y péinase y brotar y brotar perlas, y el perico a levantarlas. Ya que juntó un buen puño, la niña las ensartó con mucho cuidado y se las dió al indito para que las fuera a vender al pueblo cercano que era nada menos que el reino donde estaban las criadas y la calandria.

El indito las llevó a vender a palacio y le dieron por ellas tanto dinero que ya no sabía donde guardárselo. A la salida le dieron las gracias ya la pasada le encargaron una costurera.

Muy contento se fué para su jacal a darle a la niña razón de la venta; pero más contento se puso cuando Lucía le dijo que todo ese dinero era para ellos. Pero a poco el gusto se le convirtió en tristeza, pues cuando la niña oyó que en palacio buscaban costurera, discurrió luego irse a ver si la querían. El indito no tuvo más remedio que irla a encaminar para que no se perdiera. Lucía le dió las gracias muchas veces; después cogió su periquito y se puso en camino muy contenta pensando, que por lo pronto a los inditos los había dejado ricos, y pensando y andando llegó al palacio y allí se quedó con su perico.

Y sucedió que estando una vez en el corredor se le cayó un botón de su camisa, así que mandó luego al paje que fuera por la costurera para que se lo pegara. Lucía se presentó al instante con su perico en el hombro y el Rey al verla, pensó que era la niña más bonita que había visto en su vida, y no podía apartar de ella la mirada. La calandria que, como siempre estaba en su jaula, en el corredor, luego que vió a la niña la reconoció y se puso a cantar así:

Niña Lucía, niña Lucía

a don Juan te lo han matado
y en el prado está enterrado.

La niña, al oírlo, se puso a llorar y empezó a llover. Para esto llegó la hora del chocolate y un paje, muy elegante, se lo sirvió al Rey en una mancerina de plata, acompañado de unos molletes.

Al Rey se le hizo feo comer sin convidar, y para consolarla le ofreció uno, pero Lucía le dijo que no se atrevía a tomarlo, porque no tenía las manos bastante limpias; entonces el Rey mandó a traer una jofaía y una toalla de lino bordada.

Trajo el paje todo lo que el Rey pedía; la niña se lavó las manos y las flores llenaron el lebrillo.

El Rey al ver eso comprendió que aquella niña era Lucía, y muy emocionado se puso a preguntarle si al peinarse le salían perlas.

Lucía no se atrevía a contestar por miedo a las criadas, entonces el periquito le dijo :

- " Anda, mamá Lucía, díle al Rey lo que has estado pensando."

Animada por el perico la niña le contó al Rey todo lo que había pasado, y el Rey le dijo a Lucía que como Juan no se había defendido, lo había mandado matar, creyéndolo culpable.

La calandria volvió a cantar, la niña a llorar, el cielo a llover y el perico a gritar:

A las criadas matar,
para escarmentar,
a las criadas matar .

El Rey mandó traer a las criadas, las obligó a que le pidieran perdón a Lucía y después las mandó colgar a las dos juntas de la rama más alta, del árbol más alto, del monte más alto. .. En cuanto a la niña Lucía, se casó con el Rey, y ya que pasaron las fiestas de la boda, volvieron a anunciar que la reina les enseñaría sus gracias; abrieron el balcón, que daba a la plaza, pero esta vez la gente venía prevenida con piedras para apedrear a la reina en caso que las engañara, pero no fué así. ..

Lucía se peinó con un peine de marfil y, al tiempo que se peinaba, caían tantas perlas, que las gentes soltaban las piedras y se agachaban, ya aquí, ya más allá, para alcanzarlas.

Después trajeron una fuente de plata y al lavarse las manos la niña, le salieron tantas flores que hasta comenzaron a caer para abajo, y los hombres para alcanzarlas alargaban sus sombreros y las mujeres el delantal.

Bueno, pues que ya nada más faltaba que lloviera y el Rey y la Reina estaban tan contentos, que Lucía no podía llorar. Entonces pensaron en la calandria y la mandaron traer; el pajarito al ver a la niña le cantó:

Niña Lucía, niña Lucía
a don Juan te lo han matado
y en el prado está enterrado.

Y Lucía, al oírlo, se puso a llorar y al punto empezó a llover tan fuerte, que todas las gentes del pueblo comenzaron a correr para sus casas para no mojarse; y corrieron y corrieron; y corriendo las dejamos acabándose las suelas de sus zapatos.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

